

despojándola, humillándola. Pero para que no hubiera sucedido esto, hubiera sido preciso que Napoleón no abandonase la isla de Elba aun cuando debiese morir en este punto escribiendo sus grandes acciones; que los revolucionarios en vez de procurar echar por tierra á los Borbones se hubiesen esmerado en obtener de su mano la libertad por medio de largos y pacientes esfuerzos; que los Borbones por su parte no hubiesen procurado ultrajar á los revolucionarios, engañar á los liberales, alarmar todos los intereses y descontentar al ejército, ó lo que es lo mismo, hubiera sido preciso que todo el mundo hubiera obrado con juicio. ¡Pueril quimera, nos dirán!

Con efecto, es tan pueril que hasta llega á desesperar á los que quieren deducir de la experiencia lecciones útiles y provechosas. Pero con todo, no nos desanimemos. De las lecciones de la experiencia queda poco, es

verdad, muy poco, ¡mucho menos que la sangre que ha vertido, que los dolores que ha experimentado! Pero este poco, acumulado de generación en generación, concluye por formar lo que se llama la sabiduría de los siglos y hacer que los hombres, sin ser expertos, lo que no serán nunca, sean menos ciegos, menos injustos, los unos para los otros. Es necesario, pues, perseverar y buscar, aun en los más dolorosos sucesos, nuevos motivos para aconsejar á los hombres y á los partidos la razón, la moderación, la justicia. Aunque sólo evitásemos una falta, una sola, no por eso deberíamos retroceder. Y nosotros que hemos podido temer en 1848 una reproducción de 1793 y que afortunadamente no hemos presenciado nada semejante, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, para que algunas veces á lo menos sirvan de utilidad.

LIBRO SEXAGÉSIMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

SANTA ELENA

Irritación de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, á quien acusan de haber contribuido á la evasión de Napoleón. - Viaje de Napoleón á Rochefort. - Acogida que le dispensan en el camino y en el mismo Rochefort. - Prolonga su permanencia en la costa con la esperanza de que ocurra algún suceso imprevisto. - Durante un momento piensa en correr á ponerse al frente del ejército del Loira. - Renuncia á esta idea. - Diversos medios de embarco que le proponen. - Napoleón concluye por rechazarlos todos y envía un mensaje al crucero inglés. - El capitán Maitland, comandante del *Bellerophon*, responde á este mensaje que no tiene instrucciones, pero que cree que la nación británica ofrecerá á Napoleón una hospitalidad digna de ella y de él. - Napoleón se restelva á ir á bordo del *Bellerophon*. - Recibimiento que le hacen. - Viaje á las costas de Inglaterra. - Curiosidad extraordinaria que inspira Napoleón á los ingleses. - Decisiones que toma respecto de él el gobierno británico. - Se elige la isla de Santa Elena para su detención. - Será considerado en esta isla como un simple general, con guardias de vista y reducido á la sociedad de tres compañeros de destierro. - Napoleón pasa del *Bellerophon* al *Northumberland*. - Despedida que dirige á la Francia y á sus amigos que no pueden seguirle. - Viaje á través del Atlántico. - Atenciones que dispensan á Napoleón los marinos ingleses. - Sus ocupaciones durante la travesía. - Refiere su vida, y á instancias de sus compañeros empieza á escribirla dictándola. - Larga duración de la travesía. - Llegada á Santa Elena después de sesenta días de viaje. - Aspecto de la isla. - Su constitución, su suelo y su clima. - Desembarco de Napoleón. - Su primera residencia en *Briars*. - Por la primera vez se halla sometido á una personal y continua vigilancia. - Disgusto que experimenta. - Primeras noticias de Europa. - Vivo interés que inspiran á Napoleón, Ney, La Bedoyere, Lavallete y Drouot. - Al cabo de dos meses pasa Napoleón á Longwood. - Habitación que ocupa. - Precauciones empleadas para custodiarle. - Su vida y sus ocupaciones en Longwood. - Napoleón no tarda en cobrar aversión á esta residencia, y no aprecia bastante las atenciones que le guarda el almirante Cockburn. - Sir Hudson Lowe enviado á Santa Elena en calidad de gobernador á principios de 1816. - Carácter de este gobernador y disposiciones de que se halla poseído á su arribo. - Su primera entrevista con Napoleón acompañada de incidentes lamentables. - Sir Hudson Lowe teme merecer, como el almirante Cockburn, la reconvencción de ceder á la influencia del prisionero. - Hace que se ejecuten los reglamentos con rigor. - Diversas causas de disgustos. - Injusta queja relativa á los gastos que hace Napoleón en Longwood. - Napoleón manda vender su vajilla de plata. - Partida del almirante Cockburn y llegada de otro nuevo, sir Pulteney Malcolm. - Excelente carácter de este oficial. - Sus inútiles esfuerzos para lograr la reconciliación entre Napoleón y sir Hudson Lowe. - Napoleón se acalora y ultraja á sir Hudson Lowe. - Ruptura definitiva. - Amarguras de la vida de Napoleón. - Sus ocupaciones. - Sus explicaciones respecto de su reinado. - Sus trabajos históricos. - Fin de 1816. - Mr. de Las Cases es expulsado de Santa Elena. - Tristeza que esto causa á Napoleón. - El día de año nuevo en Santa Elena. - Año de 1817. - No queriendo verse seguido al pasear á caballo, Napoleón no hace ejercicio y su salud se resiente de esto. - Recibe noticias de Europa. - Su familia le ofrece su fortuna y su compañía. - Napoleón no las acepta. - Visitas de algunos ingleses y sus conversaciones con Napoleón. - Sir Hudson Lowe, inquieto por el estado de la salud de Napoleón, en vez de ofrecerle *Plantation-House* manda construir una nueva casa. - Año de 1818. - Conversaciones con Napoleón sobre cuestiones literarias y religiosas. - Partida del general Gourgaud. - Napoleón se ve sucesivamente privado del almirante Malcolm y del doctor O'Meara. - Motivos de la partida de este último. - Napoleón se encuentra sin médico. - Instancias inútiles de sir Hudson Lowe para que acepte los servicios de un médico inglés. - Año 1819. - La salud de Napoleón se altera por falta de ejercicio. - Sus piernas se hinchan y los frecuentes vómitos que padece indican que su estómago está enfermo. - Consiguen que dé algunos paseos á caballo. - Su salud se mejora un poco. - Napoleón olvida su propia historia para ocuparse de la de los grandes capitanes. - Sus escritos sobre César, Turenne y Federico el Grande. - La salud de Napoleón vuelve á empeorar. - Dificultad de verle y de identificar su persona. - Indigna tentativa de sir Hudson Lowe para forzar su puerta. - Año 1820. - Llegada á Santa Elena de un médico y de dos sacerdotes enviados por el cardenal Fesch. - Napoleón los juzga insuficientes y se sirve de los dos sacerdotes para que digan la misa en Longwood todos los domingos. - Satisfacción moral que experimenta. - Napoleón, que no quería montar á caballo porque le espaban, se entrega al ejercicio de jardinería á instancias del doctor Antomarchi. - Trabajos que él y sus compañeros de destierro ejecutan en su jardín. - Esta ocupación llena una parte del año 1820. - Napoleón recupera algo de su salud. - Esta mejoría no es más que momentánea. - No tarda en experimentar fuertes dolores de estómago, sus piernas se hinchan, sus fuerzas se debilitan y se extinguen rápidamente. - Su satisfacción al ver que se acerca su muerte. - Su testamento, su agonía y su muerte el 5 de mayo de 1821. - Sus funerales. - Apreciación del genio y del carácter de Napoleón. - Su carácter natural y el adquirido bajo la influencia de los sucesos. - Sus cualidades privadas. - Su genio como legislador, administrador y capitán. - Lugar que ocupa entre los grandes guerreros. - Progreso del arte militar desde la antigüedad hasta la revolución francesa. - Alejandro, Aníbal, César, Carlomagno, los Nassau, Gustavo Adolfo, Condé, Turenne, Vaubán, Federico y Napoleón. - Altura á que elevó Napoleón el arte militar. - Paralelo de Napoleón con los principales grandes hombres de todos los siglos desde el punto de vista del conjunto de talentos y de destinos. - Lecciones que resultan de su vida. - Fin de esta historia.

En medio de la alegría que experimentaban por su entrada en París, los Borbones y los representantes de las cortes extranjeras no pudieron menos de sentir un vivísimo pesar al saber que Napoleón había logrado evadirse. Ni los unos ni los otros se creían seguros encontrándose en libertad el gran perturbador del mundo, y en su trastorno no sabían si su muerte sería un sacrificio debido á la tranquilidad general. Imputaban á

Mr. Fouché la desgracia de esta evasión, olvidándose ya de que había franqueado las puertas de París, para reconvenirle amargamente por no haber entregado á Napoleón, lo que daba ocasión á decir que hacía traición á todos los partidos. Así, pues, los Borbones y los aliados pasaron de un entusiasmo inmenso á un violento disgusto contra su favorito de los últimos días. Sólo Mr. de Talleyrand y el duque de Wellington se atrevie-

ron á defender á Mr. Fouché, alegando en su favor que había abierto las puertas de París, y que si la evasión de Napoleón era la condición de este servicio, no tenían razón para quejarse; pero á pesar de sus juiciosas reflexiones se acalararon muchísimo los ánimos en las Tullerías, y Mr. Fouché, llamado por el rey en la noche que había seguido á la entrada de los Borbones, es decir, el 8 de julio, no se atrevió á sostener la buena acción que había llevado á cabo el 6 reiterando la orden de obligar á Napoleón á salir de Rochefort. Por el contrario, se defendió con la mayor humildad de esta acusación, y á instancias de Luis XVIII prometió emplear cuantos medios estuvieran á su alcance para apoderarse del temible fugitivo. A pesar de esta promesa no hizo nada para cumplirla, y al volver al ministerio de la Policía no expidió ningún despacho con este fin, dejando de este modo todo su valor á las primitivas órdenes que había enviado á Rochefort. Cuando se tiene bastante ánimo para obrar bien, debería acompañar á esta virtud la arrogancia, la elevación de carácter suficiente para obrar bien en presencia del mundo, para no ocultar por doblez las buenas acciones que se ejecutan. Sin embargo, cuando por debilidad ó interés no se tiene la fuerza necesaria para hacer alarde de una buena acción, ejecutarla es menos malo que dejar de llevarla á cabo por las mismas circunstancias que pueden influir en su ocultación.

Napoleón abandonó la Malmaison el 29 de junio, á las cinco de la tarde. El calor era sofocante y sus compañeros de viaje, mudos y profundamente tristes, respetaban su silencio. Napoleón quiso pasar la noche en Rambouillet, para descansar, según dijo, pero en realidad para alejarse con más lentitud del trono que acababa de dejar para caer en un espantoso cautiverio. Un pesar, una simple reflexión de los hombres que en presencia del enemigo se habían privado de su espada, podían llevarle nuevamente al frente de los ejércitos, y esto, preciso es confesarlo, lo deseaba aún más que volver á su trono. Después de pasar en Rambouillet la noche y la mañana del 30 de junio, se puso en marcha al mediodía, llegó á Tours el 1.º de julio, habló algunos instantes con el prefecto de esta ciudad, tomó en seguida el camino de Poitiers, se detuvo en las afueras durante las horas más calurosas; al atravesar por Saint-Maixent, le puso en algún peligro el populacho vandeano, y llegó por la noche á Niort, sin haber pronunciado una palabra en todo este largo trayecto. Reconocido en esta ciudad, fué objeto en ella de un interés ardiente, porque la población, según el lenguaje del país, era azul á causa del odio de los blancos de que se hallaba rodeada. En Niort había tropas imperiales enviadas para contener á los insurgentes, y Napoleón estaba entre ellas al abrigo de cualquier tentativa. La posada en donde se apeó no tardó en verse rodeada de soldados, de hombres del pueblo, de personas acomodadas que gritaban ¡Viva el emperador! y que pedían con instancia que se presentase á su vista. A pesar de lo poco que le agradaba exhibirse consintió en asomarse á una ventana, y su presencia provocó aclamaciones que dilataron por un momento su corazón profundamente oprimido. «Quedaos con nosotros,» le gritaban de todas partes, y á estos gritos unían la promesa de defenderle. El prefecto mismo acudió á suplicarle que se hospedase en la

prefectura, y accedió en vista de estos testimonios seguramente desinteresados. Así, pues, pasó el día 2 de julio en Niort en medio de una emoción inexplicable, de la que participaba y de la que apenas tenía deseo de substraerse. Sin embargo, el 3 por la mañana, el general Béker, siempre respetuoso y deferente para con él, le hizo comprender el peligro de estos retrasos, porque la rada de Rochefort podía ser bloqueada de un instante á otro, y en este caso sería imposible que partiese á los Estados Unidos. Estas razones le decidieron á proseguir su camino, á pesar del sentimiento que le causaba abandonar una población tan afectuosa y tan hospitalaria. Se alejó ocultando con sus manos su rostro vivamente conmovido, y fué escoltado por la caballería, que le siguió tan lejos como las fuerzas de los caballos lo permitieron. El 3 de julio por la noche entró en Rochefort.

El prefecto marítimo Mr. de Bonnefoux comprendía sus deberes, como el general Béker. Deseaba obedecer al gobierno, pero conservando al obedecerle todo el respeto, todas las atenciones debidas al gran hombre á quien la fortuna ponía á su discreción durante algunos días. La población abundaba en los mismos sentimientos que la de Niort. Debía grandes servicios á Napoleón, que había mandado ejecutar vastos trabajos en su territorio, y tenía en su seno una multitud de marinos recién salidos de las prisiones de Inglaterra. Además de un regimiento de marina acuartelado en Aix, había en Rochefort una numerosa guarnición, mil quinientos milicianos nacionales escogidos, muchos gendarmes, todos para contener á los realistas, y por consiguiente infinitos medios para proteger al emperador destronado y hasta para secundarle en el caso de que intentase una última temeridad. La noticia de la llegada de Napoleón se divulgó en la mañana del 4 y los habitantes se reunieron al pie de los balcones de su habitación pidiendo á gritos que se presentase á su vista. Apenas apareció resonaron frenéticos gritos de ¡Viva el emperador! Conmovido Napoleón al ver esta acogida que le dispensaban, les dió gracias con su mano, y conociendo por el espectáculo que presenciaba que en medio de aquellos hombres no corría ningún peligro, resolvió detenerse algunos días en Rochefort para reflexionar maduramente el partido que debería tomar. Abandonar definitivamente el suelo de la Francia, y esta vez para siempre, era para él el más cruel de los sacrificios. No comprendió cómo en presencia de la Europa armada habían rechazado los hombres que gobernaban su concurso, aun como simple general; pensaba que en el postrer momento razonaría el ejército de un modo distinto, y como un condenado á muerte se asía á las más efímeras esperanzas, aun á las más inverosímiles. Esta disposición debía inclinarle á perder tiempo, porque este tiempo perdido en la costa de Francia podía ser ganado si cualquier accidente imprevisto, por ejemplo, un acto de desesperación del ejército pidiendo á todo precio el mando de su antiguo jefe, le obligaba á recoger su espada para blandirla de nuevo en presencia de sus soldados.

Con todo, si el tiempo que perdiera le ofrecía alguna probabilidad de que acudiesen á él los que le rechazaban (lo que apenas podía esperarse), le quitaba los medios de escaparse de las pesquisas de los ingleses y de

librarse de una penosa cautividad. Era imposible, con efecto, que los numerosos emisarios en comunicación continua con la flota inglesa dejasen de anunciar la llegada de Napoleón á Rochefort, aumentando la vigilancia del bloqueo de la costa.

Hasta el 29 de junio el crucero había parecido poco numeroso y hasta alejado, pero desde este día se había acercado á los dos canalizos (el Bretón y el de Antioche) por medio de los cuales se comunicaba Rochefort con el mar. Las fragatas la *Saale* y la *Meduse*, de construcción reciente, reputadas como las más rápidas de todas las embarcaciones de la marina francesa, con tripulaciones excelentes y adictas al imperio, estaban en la rada prontas para darse á la vela á la primera señal. Las órdenes del gobierno provisional, renovadas últimamente, prescribían á sus capitanes que obedeciesen al emperador Napoleón y que le transportasen adonde quisiese, excepto á las costas de Francia. El comandante de la *Saale*, el capitán Philibert, que tenía á su mando las dos fragatas, era un marino experimentado, fiel á sus deberes, pero menos audaz que su segundo, el capitán Ponée, comandante de la *Meduse*, quien se hallaba dispuesto á intentar cuanto fuese necesario para dejar á Napoleón en tierra libre. Este bravo oficial creía, pensando así, cumplir con un deber para con la desgracia y para con la gloria de Francia personificada á sus ojos en la persona de Napoleón, que no le parecía menos glorioso por presentarse entonces como el vencido de Waterloo.

Apenas llegó Napoleón á Rochefort quiso que se examinasen en un consejo de marina los diversos partidos que podrían tomar para substraerse del crucero inglés y entrar en alta mar. El prefecto marítimo llamó para que formaran parte de este consejo á los marinos más experimentados del país y entre otros al almirante Martín, antiguo oficial de la guerra de América, muy olvidado durante el Imperio, pero que se condujo en aquella ocasión como si siempre hubiera sido colmado de favores. A pesar de la proximidad del crucero inglés, las dos fragatas gozaban tanta reputación de ser buenas veleras, que no había duda de que en cuanto pasaran los estrechos, lograrían escapar de todas las persecuciones del enemigo. Pero para esto eran precisos vientos favorables, y los que reinaban se mostraban obstinadamente contrarios. Un capitán de navío danés, francés de nacimiento, obligado á servir en Dinamarca por carecer de empleo en su patria, se ofreció á transportar á Napoleón á América, ocultándole tan bien que no pudiesen descubrirle los ingleses. En cambio sólo pedía que se indemnizase á sus armadores del perjuicio que podría ocasionarles esta expedición. Todo anunciaba la mejor buena fe de este hombre, pero Napoleón no podía consentir en esconderse en la sala de un navío neutro, exponiéndose á que le encontrasen en una posición tan poco digna de su gloria. El almirante Martín ideó otra combinación. En las bocas del Gironda había una corbeta bien armada y al mando de un oficial que poseía una audacia sin igual, el capitán Baudín (después almirante Baudín), que había perdido un brazo combatiendo, y que era capaz de los actos más temerarios. Era muy fácil subir desde el Charente al Seudre en una lancha bien armada, y llegar á Royán después de un trayecto de algunas leguas por tierra, en donde Napo-

león podría embarcarse. Llamando entoncés mucho menos la atención de los ingleses el Gironda que el Charente, había grandes probabilidades de entrar en alta mar y de que llegase Napoleón sano y salvo á las playas de América.

Esta ingeniosa combinación pareció convenir á Napoleón, y sin adoptarla definitivamente se acordó que se examinase la posibilidad de su ejecución. Entretanto podían presentarse vientos favorables y hasta no era imposible que se recibiesen los salvoconductos pedidos al duque de Wellington. Estos eran pretextos especiosos para dejar correr el tiempo, pretextos que agradaban á Napoleón más de lo que él se figuraba. Su hermano José llegó por entonces á Rochefort después de haber corrido más de un peligro. Había visto á las columnas francesas en marcha hacia el Loira, y había oído las opiniones de la mayor parte de sus jefes, los cuales pedían que Napoleón acudiese inmediatamente á ponerse á su cabeza, para que, prolongando la guerra, los vengase de Waterloo con cualquier hecho de armas venturoso, siempre posible bajo su dirección.

Estas noticias agitaron con extremo á Napoleón, y ciertamente no sin motivo. Era seguro que al acercarse á las provincias del Oeste, reuniéndose el ejército francés con las fuerzas enviadas á estas provincias, debía ascender á ochenta mil hombres; que situado detrás del Loira contaba con los medios de disputar esta línea á los enemigos, los que se debilitarían al internarse en Francia; y que batiéndose con la desesperación de 1814, podría conseguir alguna victoria fecunda en consecuencias. Perdidos por perdidos, los jefes militares comprometidos, con Napoleón al frente, lo mejor que podían hacer era arriesgar este último esfuerzo, que á sus ojos y á los de la nación tendría por excusa el deseo de arrancar á la Francia de las manos del extranjero.

Napoleón se dedicó á pesar las diversas probabilidades que aún se le ofrecían, y si al sentirse impresionado por esta cuestión se animaba y se enardecía, no tardaba la reflexión en apagar este súbito fuego. De emprender esta aventura hubiera debido hacerlo en París, cuando todavía tenía el poder en sus manos y contaba con todos los recursos de la Francia. Pero entonces que ya había abdicado, que había abandonado el poder legal, que en presencia de los Borbones restablecidos no era más que un rebelde, que retirándose detrás del Loira no sólo tendría la Francia moralmente desunida como en la víspera de su abdicación, sino dividida materialmente, las probabilidades de éxito faltaban por completo. Prolongaría la lucha, es cierto, pero cubriendo de ruinas el país y extendiendo los horrores de la guerra desde el Norte de la Francia, que era la única parte que los había conocido, hasta el Centro y el Mediodía, en donde sólo con las quintas los habían experimentado. Napoleón se dijo, pues, á sí mismo que era ya demasiado tarde, y que en el caso de querer arriesgar un golpe de desesperación, debía haberlo hecho disolviendo la cámara de los representantes el día de su llegada á París. Sin embargo, esta idea de una última tentativa no podía borrarse definitivamente de la imaginación de Napoleón. Después de desecharla volvía á perseguirle avivada por el abandono en que se veía y por el horror de la situación que columbraba. De este modo dejó pasar los días 5, 6 y 7 de julio, aparentando examinar

las diversas proposiciones de embarco que le habían sometido, aguardar vientos favorables que no se presentaban, y en realidad no empleando el tiempo más que en luchar con su resolución de correr á ponerse al frente del ejército del Loira, resolución más funesta si se decidía á tomarla que la que le había impulsado á abandonar la isla de Elba, y cuyo resultado más probable hubiera sido añadir un nuevo y más espantoso desastre al inmenso de Waterloo.

El digno general Beker contemplaba con dolor esta larga temporización y no se atrevía, por decirlo así, á alejar del territorio al hombre que á los ojos de todo francés ilustrado se aparecía con tantas culpas, pero al mismo tiempo con tantos títulos de gloria. Sin embargo, no era posible diferir por más tiempo su partida. La razón indicaba que cada hora perdida comprometía la seguridad de Napoleón, y además las órdenes que llegaban de París eran apremiantes y no dejaban la menor duda respecto de la conducta que debía observarse.

Con efecto, lo mismo el gobierno provisional en masa, que el ministro de Marina Decrés, fiel á su antiguo jefe, repetían al general Beker que era preciso que Napoleón partiese, tanto por su interés como por el del Estado, porque la prolongación de su presencia en las costas dificultaba las negociaciones de paz y daba tiempo á los ingleses para aumentar los peligros del bloqueo. El ministro de la Guerra al apremiar al general Beker le autorizaba para que emplease no solamente las fragatas, sino todas las embarcaciones disponibles que hubiera en Rochefort, sin tener en cuenta para nada el interés de estas embarcaciones. Lo que el ministro no decía, pero lo que el general Beker adivinaba, era que el gobierno provisional tenía pocos instantes de vida y que el que le sucediera daría nuevas órdenes, probablemente rigurosísimas, contra la persona del emperador destronado.

El 8 por la mañana comunicó el general Beker á Napoleón las instancias del gobierno provisional, instancias sinceras é inspiradas por motivos sumamente honrosos. Le hizo notar hasta qué punto se aumentaba de día en día la dificultad de burlar la vigilancia del crucero inglés, y por último no le ocultó el mayor de sus temores, la llegada de nuevas órdenes, si como todo lo anunciaba, el gobierno provisional había caído para ceder su puesto á la emigración victoriosa. Estas razones eran tan contundentes que Napoleón no dijo nada y dispuso que se hiciesen los preparativos necesarios para trasladarse aquel mismo día á la isla de Aix.

Con efecto, por la tarde subió á su carruaje y se dirigió por Fouras hacia la embocadura del Charente en la rada de la isla de Aix. Llegando á oídos de la población la noticia de su partida, acudió á despedirle y le acompañó gritando ¡Viva el emperador! Todos los corazones estaban vivamente conmovidos, y las lágrimas brotaban de los ojos de muchos rostros curtidos por el mar y por la guerra. Napoleón, participando de la emoción de los que se despedían de este modo de su desgracia, los saludó con su mano dándoles un adiós expresivo, y partió. Muchos coches que caminaban detrás del suyo conducían á sus compañeros de viaje, y á la caída de la tarde llegaron á la orilla del mar. El viento deseado no soplaba, y sin embargo, Napoleón en vez de trasladarse á la isla de Aix prefirió dormir á bordo

de la *Saale* con el fin de poder aprovechar la primera brisa favorable que corriese. Subió con sus compañeros en las lanchas de las fragatas y fué recibido en la *Saale* con un profundo respeto. Todavía no estaba preparado el buque para su recepción, y se instaló como pudo en esta embarcación que parecía destinada á transportarle á América.

Reinando al día siguiente los mismos vientos, Napoleón visitó la isla de Aix, dirigiéndose á ella con su séquito en los botes de las fragatas. Todos los habitantes de la isla acudieron al paraje en donde debía desembarcar, y le acogieron con transportes de entusiasmo. Napoleón pasó revista al regimiento de marina, compuesto de mil quinientos hombres con los que podía contar, los que repitieron con ardor los gritos de ¡Viva el emperador!, añadiendo á estas aclamaciones el grito más significativo aún de: ¡Al ejército del Loira! Napoleón les dió gracias por estos sentimientos de adhesión y fué á visitar las inmensas obras que se habían ejecutado durante su dominación para la seguridad de esta gran rada. Siempre acompañado por la población y las tropas, volvió al muelle á embarcarse y fué á dormir á bordo de las fragatas.

Al día siguiente era por fin preciso decidirse á tomar un partido cualquiera. El prefecto marítimo Mr. Bonnefoux llevó nuevos despachos de París al general Beker, despachos todavía más formales que los anteriores, que quitaban toda esperanza de obtener los salvoconductos pedidos, y prescribían la inmediata partida de Napoleón, autorizando de nuevo la expedición de las fragatas á todo riesgo, y si parecían demasiado visibles para engañar la vigilancia del enemigo, mandando que un buen aviso le condujese adonde desease, excepto á cualquiera de las playas de la Francia. Estos despachos modificaban en un solo punto los precedentes. Hasta entonces, previendo el caso de que Napoleón se inclinase á confiar su persona á los ingleses, el gobierno provisional prohibió á sus delegados que le ayudasen á realizar este deseo, temiendo ser acusado de traición. Pero comprendiendo después, en vista de las pasiones que se desbordaban, que Napoleón estaría en menos peligro en poder de la Inglaterra que en el de la emigración victoriosa, autorizaba cualquier comunicación con el crucero inglés, siempre que Napoleón se dirigiese á su jefe por escrito para que no pudiesen recaer más que sobre él las consecuencias de su determinación.

En vista de semejantes instrucciones, era de todo punto necesario adoptar una resolución, cualquiera que fuese. El capitán francés Besson, comandante del navío neutro danés, persistía en su ofrecimiento, seguro de esconder tan bien á Napoleón que los ingleses no podrían encontrarle; pero Napoleón se negaba siempre á aceptar este medio de evadirse. Salir adelante con las fragatas no era menos difícil, por más que el viento favoreciese, y en la duda se envió una embarcación para que reconociese los canales y la posición que en ellos ocupaban los ingleses.

Además, recordando la ingeniosa proposición del anciano almirante Martín, consistente en avanzar por el Seudre en una lancha, recorrer á caballo el terreno que separa al Charente de Gironde y embarcarse á bordo de la corbeta del capitán Baudin; recordando esta proposición, decimos, enviaron un oficial á este marino

para que recogiese los informes necesarios. Por fin, para no desperdiciar ninguno de los recursos que podían sacar á Napoleón de la apurada situación en que se hallaba, imaginó este último enviar á uno de los amigos que le acompañaban al crucero inglés con el objeto de saber si por casualidad había recibido su capitán los salvoconductos que no habían llegado á París, y sobre todo con el de indagar si le admitirían á bordo de los buques británicos, ofreciéndole todas las garantías necesarias. En el fondo se hallaba Napoleón más inclinado á salir del paso confiándose á la nación inglesa que intentando una temeridad de éxito poco probable y poco en armonía con su gloria. Si le hallaban oculto en la cala de un navío neutro, sus enemigos experimentarían el doble placer de capturarlo y de encontrarle en una posición tan poco digna de él. Si caía prisionero después de un combate naval, podían decir que después de haber contribuido á derramar tanta sangre por su ambición, había hecho que se vertiese aún más por su persona, y en ambos casos tendrían sobre él sus aprehensiones todos los derechos de la guerra. Aun suponiendo que lograra llegar á las playas de la América, por más que no dudase que sería acogido con entusiasmo en esta parte del mundo, no podía estar seguro de que supiese defenderle contra las reivindicaciones de la Europa, que no dejaría de reclamarle con amenaza y hasta de exigir su entrega en caso de necesidad por medio de la fuerza. ¿Debía, después de haber llenado el mundo antiguo con los horrores de la guerra, llevarlos hasta el nuevo? Por más que se figurase disfrutar una vida tranquila y libre en el seno de la vasta naturaleza americana, tenía bastante sagacidad para creer que Europa le permitiría las dulzuras de este asilo, para creer que no iría á buscarle dispuesta á recuperar su persona á cualquier precio. Prefería, pues, dirigirse á los ingleses, excitar su amor propio con un gran acto de confianza entregándose á ellos de *motu proprio*, procurando obtener de este modo de su generosidad un asilo pacífico y respetado. Este asilo lo habían ofrecido á Luis XVIII y á todos los príncipes que lo habían reclamado: ¿negarían á él solo lo que habían concedido á todos los desgraciados ilustres? Es cierto que él no era un refugiado inofensivo como Luis XVIII, pero contrayendo en nombre de su honor, en nombre de su gloria el compromiso de no volver á turbar el reposo del mundo, ¿no podría conseguir que se diese fe á su palabra? Por otra parte, era posible tomar contra él, sin constituirle precisamente en prisionero, ciertas precauciones que aceptaría y que calmarían las inquietudes de la Europa. Si lograba lo que se proponía, esto sería el colmo de sus deseos, por lo menos de los deseos que le era permitido abrigar en su situación, porque aunque le agradasen las soledades americanas, la vida privada en medio de una de las naciones más civilizadas del mundo, con el trato de los hombres ilustrados, tenía á sus ojos mayores atractivos. Renunciar á la vida agitada, terminar su carrera en el seno del reposo, de la amistad, del estudio, de la sociedad de las personas de talento, era su sueño por entonces. Sucudiese lo que sucediese, esta determinación valía mucho más que la de emprender una tentativa cualquiera, y encargó á Mr. de Las Cases, que hablaba inglés, y al duque de Rovigo, depositario de toda su confianza, que se tras-

ladasen á bordo del *Bellerophon*, sobre el cual ondeaba el pabellón del comandante de la estación inglesa, para recoger en él los informes oportunos.

Mr. de las Cases y Mr. de Rovigo se trasladaron en la noche del 9 al 10 de julio en un navío ligero á bordo del *Bellerophon*, en donde los recibió el capitán Maitland, comandante del crucero, con una extremada finura, pero al mismo tiempo con una reserva nada á propósito para informarles acerca de las intenciones del gobierno británico.

El capitán Maitland no conocía de los últimos acontecimientos más que el resultado de la batalla de Waterloo, cogiéndole enteramente de nuevo la partida de Napoleón y su presencia en Rochefort. No había recibido los salvoconductos, y de esto se desprendería naturalmente que detendría cualquier buque de guerra que intentase forzar el bloqueo, visitando también á todos los buques neutros que quisiesen eludirle. En cuanto á Napoleón no había recibido orden ni prohibición de tomarle á bordo, porque este caso no había sido previsto; pero era muy sencillo que le recibiese, porque siempre se recibe á un enemigo que se rinde, y no dudaba que la nación inglesa trataría al antiguo emperador de los franceses con todas las atenciones debidas á su gloria y al esplendor de su pasado. Sin embargo, no podía, respecto de este particular, contraer ningún compromiso por carecer completamente de instrucciones para un caso tan extraordinario y tan difícil de prever. Por lo demás el capitán Maitland se brindó á consultar á su superior el almirante Hotham que se encontraba en la rada de Quiberón. Los dos enviados de Napoleón accedieron á esta proposición y se retiraron satisfechos de la finura del capitán, pero poco informados con respecto á lo que podría esperarse de la generosidad británica. El capitán Maitland los siguió con el *Bellerophon*, yendo á fondear en la rada de los Basques, para poder continuar, según dijo, con más facilidad las comunicaciones comenzadas.

El día 11 recibió Napoleón el informe de Mr. de Rovigo y Mr. de las Cases, informe bastante vago como se ve, nada alarmante es cierto, pero dudoso respecto de las consecuencias que podría tener un acto de confianza en favor de la Inglaterra. El oficial enviado para reconocer los canales declaró que los ingleses estaban más próximos y se mostraban más vigilantes que nunca, y que era casi imposible pasar por ellos sin ser vistos. No quedó, pues, más recurso que emplear la viva fuerza, y para conseguir forzar el bloqueo la verdadera dificultad era el *Bellerophon*, que, como acabamos de decir, avanzó para tomar posesión en la rada de los Basques. Pero este navío era un viejo setenta y cuatro poco rápido en su marcha, que no ofrecía un obstáculo invencible á las dos fragatas enteramente nuevas, bien armadas, con tripulaciones adictas á Napoleón y además muy veleras. En cuanto á los demás buques ingleses que formaban la estación, todos eran tan poco considerables que no merecían la pena de ser tomados en cuenta. Por otra parte había en el fondo de la rada una corbeta y diversos navíos de escaso porte que podrían utilizarse, y no perdiendo tiempo, era muy verosímil que con un acto de audacia consiguiesen atravesar á viva fuerza la línea del bloqueo.

Napoleón se dirigió á los dos capitanes comandantes